

# Dentro de la tierra

de Paco Bezerra

Pilar Jódar

*Dentro de la tierra*

de  
Paco Bezerra

Prólogo  
José Ramón Fernández

Editorial  
Madrid, Centro de  
Documentación Teatral,  
2008

El joven autor Paco Bezerra obtiene el *Premio Nacional de Teatro Calderón de la Barca 2007* con esta obra, *Dentro de la tierra*, en la que ya se anuncia un gran escritor de teatro, como afirma José Ramón Fernández en el apasionado prólogo a este libro.

*Dentro de la tierra* es un texto con una sorprendente trama, cargado de símbolos y sugerencias, que aprovecha las diferentes posibilidades de la teatralidad representando, por ejemplo, acciones paralelas y saltos en el tiempo.

Indalecio es el hijo de una familia de agricultores dedicada al cultivo de tomates. El Padre y el Hijo están dedicados exclusivamente a conseguir la mejor variedad de tomates del mundo; esta productiva actividad contrasta con Indalecio, dedicado a mantener actividades ilegales (tráfico de drogas), relaciones no oficiales (su relación amorosa con la árabe Farida) y aficiones marginales (la escritura). Por tanto, se podría decir que existen dos mundos enfrentados: el de la superficie y el ocultado, que confluyen al final guiados por la mirada siempre escéptica de Indalecio. Este es quien descubre el misterio del extraordinario sabor de los tomates. Resulta irónico que el cultivo de los tomates esté envuelto en toda una macabra trama para cuya solución es necesario el carácter visionario de Indalecio. Sin duda, una estrategia del autor para distanciarse de los graves temas de los que habla y evitar el sensacionalismo que un argumento tan sórdido contiene; parece un recurso contrario a lo que su protagonista afirma: «Muchos escritores necesitan distancia. Yo no tengo ninguna» [38].

Indalecio quiere aliviar el sufrimiento de su hermano, el Hijo Mayor, a causa de una enfermedad en la piel que le obliga a ir siempre enfundado en un traje protector. Indalecio atisba que la causa de esta enfermedad, al igual que la causa de la muerte de su madre, está en la intoxicación por los productos químicos que el Padre y el Hijo utilizan para alterar la composición de los tomates.

Indalecio es el protagonista, el que actúa desde *Dentro de la tierra*, el personaje marginal y marginado que es capaz de desvelar el misterio de los tomates, el que puede ver aquello que está oculto a los ojos de los demás: «El agua, como la mayoría de las cosas que se dan por estas tierras, no suele encontrarse a la vista» [20]. Desde el principio de la obra, en un breve monólogo dirigido al público, Indalecio insiste en la idea de lo efímero, de la falsedad de las apariencias: «Cuando uno mira hacia atrás y ve su vida, ésta siempre parece un sueño o un cuento [...] Dicen que las cosas nunca son como se imaginan», palabras que aluden al carácter de irrealidad que circula por toda la obra, y que está apoyado por los rituales que se celebran (el de la degustación del tomate por parte del Padre y el Hijo; y el de permanecer bajo la higuera, por el Hijo Mayor, para aliviarse de su enfermedad), las visiones de Indalecio, lo macabro de las prácticas del Padre y el Hijo, los árabes que trabajan en el invernadero encerrados en barracones, los encierros de Indalecio a causa de sus visiones, la curandera La Quinta (quien, irónicamente, cura por SMS), o las historias que Indalecio idea pero que nunca escribe. De hecho, aparece el motivo recurrente de que la obra que estamos leyendo o presenciando está siendo escrita en ese mismo momento, cuando Indalecio afirma que la historia que está escribiendo empieza en el invernadero donde se encuentra y se llamará *Dentro de la tierra*.

La imagen del invernadero, de los tomates ocultos bajo el plástico que crecen extraordinariamente gracias a un componente secreto de la tierra, funciona a lo largo de toda la obra como metáfora de las actividades no oficiales que llevan a cabo todos los personajes y que son el origen de sus desgracias. Indalecio ironiza de nuevo sobre este importante símbolo de la obra, el invernadero: «Por lo visto nunca fue cierto que la Gran Muralla China se viese desde

el espacio. No. Los astronautas aseguran que, desde allí arriba, ésta es la única construcción humana que puede divisarse sin ningún tipo de problema» [20].

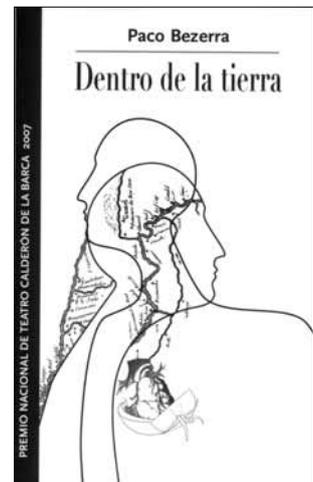
La celebración de ritos en esta obra parece vincular al teatro con sus orígenes. El ritual de los tomates (destaco el irónico contraste entre el alto aspecto del rito y lo terrenal del objeto ritualizado): se realiza tres veces (número mágico también); las dos primeras, por el Padre y el Hijo; la tercera, por Indalecio. El Padre parte el tomate encima de una bandeja de plata y el Hijo ejerce de lacayo aportándole los instrumentos necesarios para ello: un cuchillo, aceite y sal. A continuación lo prueba el Padre y, posteriormente, el Hijo, para corroborar la opinión del Padre. La tercera vez, cuando ya se ha conseguido la alta calidad del tomate, es Indalecio el maestro de ceremonias.

El carácter marginal de Indalecio está apoyado por sus relaciones con el resto de personajes marginales: Farida, con la que mantiene una relación amorosa, y Mercedes («HIJO: Una tía diez años mayor que tú, preñá de un jipi con el pelo lleno de mierda» [97]) están marcadas por el tráfico de drogas, se mueven entre los márgenes de las propiedades del Padre, el dueño y señor, el terrateniente; este es el itinerario que hay que seguir para encontrar a Farida, encerrada en la caseta de las mujeres árabes ilegales que trabajan en el invernadero: «Hay una acequia. Después de la acequia, una caseta con un perro. Tiene la cadena larga y puede correr hasta diez metros, pero nunca llega al terraplén. Mantente bien pegada a tu izquierda. Si te pegas al borde no

hay peligro. En cuanto pases la caseta, verás una balsa. Detrás de la balsa, un aljibe. Y detrás del aljibe, la casa. En la puerta hay una cruz pintada» [55-56].

La escritura también actúa como motivo marginador. Se relaciona con el carácter visionario de Indalecio, que se manifiesta ya en su infancia cuando afirma ver al fantasma de su perro. Indalecio afirma que «Escribir es como desvelar un misterio. No hay mapas que lleven a tesoros ocultos y nunca una equis que indique el lugar» —y, a continuación, una ironía que desmitifica este sagrado oficio: «No lo digo yo, lo dijo Indiana Jones, en *La última cruzada*» [31]—. Si escribir es descubrir lo oculto, es por esto por lo que Indalecio averigua el asesinato de su hermano, el Hijo Mayor, cuando ve su fantasma. Estas visiones provocan que Indalecio sea encerrado por su padre durante días, aunque el último de estos fuera un castigo por su relación con Farida.

La escritura nunca se materializa como letras en un papel físico, sino que siempre permanece en su cabeza a la espera de un lugar y un momento adecuado para materializarla. Este mundo intangible, no oficial, ilegal, marginal en el que se mueve Indalecio permite observar con ironía el mundo terrenal en el que se mueven el Padre y el Hijo. Lo que los espectadores veríamos —o lo que los lectores leeríamos— es lo que Indalecio percibe. Se afirma que el teatro es una forma de expresión objetiva al carecer de narrador; aquí no tenemos narrador, pero tenemos el punto de vista de Indalecio, gracias al cual descubrimos lo que se esconde dentro de la tierra. ■



## Hazte socio de la AAT

Si una de tus obras ha sido estrenada, editada o premiada... **Puedes y debes hacerlo**



Sección autónoma  
de la Asociación  
Colegial de Escritores

C/ Benito Gutiérrez 27, 1.º izqda. 28008 Madrid. Telf.: 915 43 02 71. Fax: 915 49 62 92. <http://www.aat.es>